
LA LEYENDA DE SAN JURGI

*Una leyenda ambientada en el antiguo
Valle de Somorrostro — Año 1.075*

Una adaptación de Gorka Bóveda



www.hasten.eus

En el año de Nuestro Señor de 1.075, una terrible criatura venida del mar asolaba las tierras del Valle de Somorrostro.

Tenía su guarida en una cueva profunda, oculta en las entrañas del monte Sarantes.

Al caer la noche, abandonaba su refugio y descendía hasta los acantilados. Reptaba entre la tierra y las aguas, arrasando campos y cultivos, dejando a su paso muerte y desolación.

Nadie sabía de dónde había venido.

Nadie sabía cuánto tiempo llevaba allí.

Pero todos sabían que, cuando el mar rugía contra los acantilados, la bestia estaba cerca.

Ese día, las olas rompían con fuerza contra los muros del monasterio.

Erguido sobre una costa rocosa, el lugar era refugio de oración y silencio. Pero aquella tarde, sus muros acogían una reunión de urgencia.

—¡Yo lo presencié con mis propios ojos! Elías, el pescador, se acercó al pedregal con los brazos en cruz y se entregó a la bestia. El monstruo lo devoró y, saciado, regresó mansamente al mar. Después, todo volvió a la calma.

Habían pasado seis días.

—Parece que los sacrificios humanos aplacan la ira de la bestia —dijo uno de los hombres—. Si así es, habrá que ofrecerle uno cada semana. Y que sea la suerte quien decida quién.

Nadie respondió.

Pero aquella misma tarde comenzó el ritual.

Durante un tiempo, la calma reinó en todo el valle.

Cada semana, una vida era entregada a la bestia.

A cambio, el mar permanecía tranquilo y las cosechas podían crecer sin miedo.

Pero nadie se acostumbraba al momento en que la suerte elegía un nombre.

Aquella vez, una mano que rebuscaba entre los nombres extrajo el de Aimara, una joven redera muy querida en el valle por su amabilidad y porque siempre estaba dispuesta a ayudar a los demás.

Por un momento, se hizo el silencio.

Después, se oyó el llanto de quienes la conocían.

Al día siguiente, Aimara fue conducida hasta el pedregal, junto al monasterio.

El mar estaba en calma.

La joven permaneció sola frente a las aguas mientras, desde las profundidades, comenzaba a escucharse un sonido grave.

La bestia se acercaba.

Entonces, cuando todos esperaban verla aparecer entre las olas, un jinete descendió por el camino que llevaba hasta la costa.

Su caballo blanco estaba cubierto de polvo y salitre, como si hubiera viajado durante días sin descanso.

Algunos ancianos creyeron reconocerlo.

—Es Jurgi —susurró uno de ellos—. El caballero que expulsó de nuestra costa a los últimos hombres del norte.

Llevaba una espada y un escudo.

Nada más.

El jinete se interpuso entre la joven y la bestia.

Cuando una enorme serpiente marina emergió de las aguas, un murmullo de terror recorrió a los presentes.

La criatura salió del mar y avanzó hasta el pedregal.

Por un instante, permaneció frente al caballero.

Jurgi desenvainó lentamente su espada.

El monstruo lanzó un rugido que pareció estremecer la tierra y se abalanzó sobre Jurgi.

Lucharon entre las piedras, bajo el estruendo de las olas.

El caballero esquivó los primeros ataques y logró herir a la bestia.

La tierra tembló bajo sus cuerpos y el agua se tiñó de sangre.

Pero la bestia lanzó un violento coletazo y arrojó a Jurgi desde su caballo contra las rocas.

Durante unos instantes, pareció que todo estaba perdido.

El dragón avanzó para rematarlo.

Jurgi se incorporó y levantó el escudo justo a tiempo para desviar sus fauces.

Al hacerlo, vio una abertura bajo el cuello de la bestia y clavó allí su espada con todas sus fuerzas.

Herida de gravedad, la criatura retrocedió tambaleándose.

El caballero aprovechó la ocasión y, reuniendo sus últimas fuerzas, hundió la espada en el corazón del monstruo.

El dragón cayó sobre el pedregal.

Por un momento, todo quedó en silencio.

Entonces, allí donde la sangre de la bestia había empapado la tierra, comenzó a brotar un rosal.

Primero apareció un tallo.

Después, las hojas.

Y finalmente, entre las piedras, se abrió la primera rosa roja.

Dicen que desde aquel día, aquel lugar quedó unido para siempre a la historia.

Hoy lo conocemos como el Paseo de los Rosales.

La leyenda de San Jurgi no habla de un caballero ni de un monstruo.

Habla de algo mucho más humano:

de esa esperanza que se niega a morir,

de la necesidad de creer que alguien es capaz de enfrentarse a lo imposible...

y vencerlo.

Una adaptación de Gorka Bóveda

HASTEN · www.hasten.eus